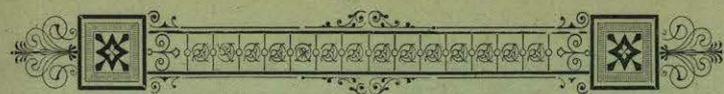


habitación con un concierto, el cual terminaría con una de aquellas alegres y espléndidas cenas que la Señora sabía organizar por modo admirable. Tomaron parte en el concierto las apreciables hijas del Sr. Lic. Carlos Flores, sobrino de la Sra. de Romero, quienes lucieron su habilidad en el violoncello y piano. Además de la Señora, de su esposo é hijos, del Sr. Lic. Flores y sus hijas y de la estimable familia del Sr. Don Demetrio Ruiz Gomar, asistieron otras honorables personas, siendo más de veinte el número de los concurrentes. La Sra. de Romero manifestó su júbilo y satisfacción, haciendo los honores de la casa con exquisita amabilidad y delicado acierto, con especialidad durante la cena, en la cual el Sr. Lic. Flores pronunció, como en otra vez, una arenga conmovedora en loor de las altas prendas personales de su respetable tía, y manifestó sus vehementes deseos de que viviera por largos años sirviendo de ejemplo y modelo á las esposas y madres de nuestra degenerada sociedad. El Sr. Romero notó con regocijo el gozo y bienestar de su amada esposa; mas hubo momentos en que percibió en su rostro cierta agitación nerviosa que parecía ocultar viva y profunda preocupación ó presentimiento, anuncio terrible que el Sr. Romero jamás olvidó: cuatro meses después el destino implacable cortó el hilo de los días de la Señora, juntamente con el período de alivio y satisfacción que la había concedido, como término de su vida azarosa y de martirio.

Desde el 5 de Noviembre el Sr. Romero cayó en cama á causa de una gripa tenaz.

La Señora su esposa tuvo alternativas en su dolencia desde el 23 de Noviembre hasta el 1º de Diciembre. En seguida, mejoró hasta el 20 en que se le puso inyección de heroína; después estuvo muy mejorada por todo el resto del mes de Diciembre de 1904.

Tercera Parte.



Capítulo único.

En Enero de 1905 la mejoría de la Señora fué continua y franca.—En los primeros días del mes tuvo agradables reuniones en su casa, y visitó á varias de sus amigas, residentes en la Ciudad.—Banquete del día 2 de Enero.—Concierto del día 4.—Fuertes nevadas en el Valle.—Hermosas noches de luna.—Persistente melancolía de la Señora de Romero.—Visita á la familia del Sr. Dr. Heladio Gutiérrez.—El 4 de Febrero muere la Sra. Rufina G. de Piseros.—El Sr. Romero y su esposa visitan el 7 á la familia doliente.—Persiste en el ánimo de la Señora de Romero el presentimiento de su próximo fin.—Se dedica con ahinco á confeccionar un vestido para la escultura del Señor San José, que poseía por más de treinta años.—El Domingo 19 de Febrero asiste con su esposo á la misa solemne en el templo del Señor San José.—A las once de la noche del mismo día toda la familia escucha con asombro en su casa un misterioso anuncio de muerte.—El 20, la Señora sufre un ligero ataque de gripa, del cual se recobró el día 23.—Serie de hermosas noches de luna y de brillantes días de suave temperatura.—La Señora contempla con arrobamiento en las tardes el hermoso espectáculo de la puesta del Sol.—A las cinco de la tarde del día 25, el Sr. Romero observa grande inquietud y agitación en la Señora su esposa, quien, paseándose en la sala, le anuncia su próxima muerte.—A las siete y media cenó con tranquilidad y apetito.—A las nueve de la noche la atacaron fuertes dolores de la *neuritis*, y se le aplicó inyección de heroína.—La basca comenzó á las diez de la noche y persistió hasta las once y diez minutos.—En una de las contracciones, la Señora, que estaba sostenida por su esposo y el Sr. Dr. Manuel M. Orozco, cayó inerte é insensible en los brazos del Sr. Romero.—Inútiles esfuerzos del Sr. Dr. Orozco para devolverle la sensibilidad, y cerciorarse de si estaba viva ó muerta.—Profunda angustia y zozobra de la familia al contemplar el grave estado de la Señora.—El médico que la atendió á las dos de la mañana del 26, á fin de consolar á la familia declaró que la Señora dormía profundamente.—A las cuatro de la mañana el Sr. Romero escuchó los primeros estertores de agonía.—A las ocho menos cinco minutos de la mañana, la Señora de Romero murió rodeada de los suyos.—Profunda consternación de su familia y de sus amigos.—En la sala de la casa se dispuso la Capilla ardiente.—El Sr. Romero y el Sr. Lic. Juan de Dios Orozco recogén del cadáver varias prendas para conservarlas con veneración.—

Ambos organizan los solemnes funerales de la Señora para la tarde del día 27. —El féretro.—La velación.—El Sr. Romero y sus cuatro entenados, los Señores Luis G., Lic. Juan de Dios y Dres. Marcelino A. y Manuel M. Orozco conducen sobre sus hombros el cadáver de la Señora, desde la Capilla ardiente á la carroza fúnebre.—El cortejo funeral.—Las exequias.—Ceremonias religiosas en el Panteón Español.—Hermosísima tarde.—Palabras de despedida del Sr. Romero al inhumarse el cadáver de la Señora su esposa.—Triste soledad.—Las esquelas mortuorias.—Personas que remitieron coronas para el cadáver.—Personas que asistieron á la inhumación.—Personas que visitaron á los deudos de la apreciable finada.—Artículos de la Prensa acerca del fallecimiento de la Señora de Romero.—Personas que enviaron por escrito sus sentimientos de condolencia al Sr. Romero y su familia.—Sufragios por el eterno descanso del alma de la estimable difunta.—Honras fúnebres á la Señora de Romero, celebradas el 27 de Marzo.—El catafalco.—Personas que asistieron á las honras fúnebres.—Las esquelas.—Posteriores sufragios por el alma de la Señora.



Fué Domingo el 1º de Enero del año fatal de 1905; como suele suceder en el curso de la triste vida humana, en el mes de Enero la mejoría de salud de la Señora de Romero se presentó franca y sin perturbaciones, como si la suerte tratase de ocultar con este alivio el próximo y terrible golpe mortal.—La Señora cobró ánimo, y desde los primeros días del mes tuvo agradables reuniones en su casa, recibió á varias amigas de confianza y visitó á las que le eran más queridas; en una palabra, tornó á su anterior vida normal y de distracción.

El día 2 de Enero asistió con su esposo y sus hijos al banquete que el Sr. D. Demetrio Ruiz Gomar ofreció á sus amistades, con motivo de la confirmación de su hijo, el niño José Antonio, cuyo padrino fué el Sr. Romero. Entre los concurrentes estuvieron la Sra. Dolores Licéaga, hija del Señor Dr. D. Eduardo, con su esposo el Sr. D. Nicolás del Moral. El día 4 las Sritas. Ester y María Peñafiel tocaron el piano con admirable maestría en casa de la Señora de Romero; y con el objeto de que lucieran todas sus habilidades, la Señora dispuso para el día 6 en la noche una tamalada, con la cual terminó un concierto musical en el que tomaron parti-

cipación las Sritas. Ester y María Peñafiel y el Sr. D. Trinidad Chávez, quien tocó el violín. La concurrencia se compuso de los parientes y amigos íntimos de la familia, entre éstos la Sra. Lorenza Robles de Vera y su hija, la Srita. Eloísa: dos víctimas señaladas de antemano por el Destino para seguir á la tumba á la Señora de Romero. El día 9 recibió la visita de sus buenas amigas las Sritas. Dueñas, con quienes se partió alegremente por varias horas. El 11 visitó en unión de su hijo Juan á su amiga de juventud, la Sra. Paulina Torres, Viuda de Arciniega, y el 12 á la Sra. Enriqueta S. de Gómez Gallardo y á su apreciable hija Estrella.

A consecuencia de la nevada que el día 14 descargó en el Valle de México y en las montañas que le circundan, la Señora sufrió intensos dolores, exacerbados por el frío, durante cuatro días y fué preciso el 16 aplicarle la inyección de heroína á fin de tranquilizarla. El 18 la visitaron su muy estimable amiga la Sra. Virginia Tagle y su esposo el Sr. D. Juan S. Rivas.

En las noches de los tres días siguientes, la luna llena iluminó con brillantísima luz la recámara de la Señora y la sala de la casa; la Señora, atraída por tan hermoso cuadro, durante varias horas contempló con arrobamiento la blanca faz de la melancólica reina de la noche, quizá presintiendo que por última vez en su vida sentiría las plácidas emociones que en el alma despierta el hermoso satélite de nuestro planeta. Mucho conmovió al Sr. Romero este presentimiento de la muerte, que agitaba el corazón de su amada esposa y le impedía alcanzar la tranquilidad que ambos procuraban conseguir por medio de continuados esfuerzos para alejar de su mente aquellas tristes ideas, presagios de tremenda desgracia.

El 23 de Enero la Señora y su esposo visitaron á su médico, el Sr. Dr. D. Heladio Gutiérrez y su familia. En este día la Señora quiso vestirse con su más rico traje y sus mejores alhajas, diciendo á su esposo: "que la condujese por las calles principales de la Ciudad para recorrerlas quizá por última vez." En los restantes días de Enero hubo ligeras alternativas en su salud.

Comenzó el mes de Febrero de 1905, y con él tuvo principio la infausta y negra época de luto, de dolor y llanto que desde entonces oprime con intensa pesadumbre el corazón de los deudos de la Señora de Romero, y que no terminará hasta que bajen al sepulcro. En la triste y miserable vida humana, á pesar de las doctrinas desconsoladoras que los sabios y filósofos pregonan acerca de la vida de ultratumba, atenta observación demuestra que hay misteriosas é inexplicables relaciones entre las funciones psíquicas de los hombres, mientras viven en la Tierra, y la desconocida existencia posterior de las almas. Acaso para espíritus ocupados por completo en los negocios de la vida moderna, los cuales absorben todas las facultades del negociante, del político y del hombre de Estado, pueda pasar inadvertida la multitud de hechos, que constituyen el anuncio ó presagio de próxima desgracia ó fortuna; mas para las almas sensibles, ajenas á la ardorosa fiebre de honores y riquezas, y á las cuales no agita el violento torbellino de las pasiones humanas, se presentan con claridad los signos precursores de próxima desdicha. A menudo los espíritus fuertes se sobreponen á la inquietud y zozobra que producen los funestos presagios de lo porvenir; pero á otros, quizá más privilegiados, los indicios de próxima desgracia los contristan profundamente y los envuelven en densa y negra bruma; durante esta perturbada situación del ánimo llega el terrible golpe del destino, como si quisiera aturdir previamente á su víctima y durante su estado morboso herirla sin piedad.

La constante observación y el estudio de los pronósticos de lo porvenir dieron origen, desde las primeras épocas de la Humanidad y en todos los pueblos de la Tierra, á una secta numerosa, á una clase privilegiada, que por sus conocimientos y habilidad en la ciencia y arte de la adivinación por signos exteriores, adquirió incontestable dominio sobre las multitudes; ya formando la casta sacerdotal que ha tenido grande influencia en el destino de las naciones, ya dirigiendo á los reyes y conquistadores y tomando participación en el gobierno. Es bien sabido que en los pueblos de Oriente la

casta sacerdotal goza de inmenso poder, no solo por su formidable organización y sus vastos conocimientos en ciencias y artes, sino también porque cautiva á las muchedumbres con maravillosos pronósticos de lo futuro y las portentosas sugerencias que realiza con general admiración. En la culta Grecia y en todas las épocas de la antigua Roma, los augures ejercieron poderosa influencia en las decisiones del pueblo heleno, así como en las del Senado y de los Césares romanos, y no se emprendían las grandes guerras, cuando no eran propicios los signos de las víctimas inmoladas.

La interpretación de las señales exteriores constituyó siempre el fundamento de los presagios de favorable ó adversa fortuna, así en los grandes negocios del Estado, como en las vicisitudes de la familia y del individuo; ya fuese relacionando estas señales con las teogonías y liturgias de la religión; ya atribuyendo á la voluntad de los dioses la significación de estas señales; ya formando del Destino una divinidad caprichosa, de quien dependían la suerte de los pueblos y la de cada familia ó individuo; ya, por fin, concediendo á los astros, á los animales y las plantas benéfica ó perniciosa influencia en las acciones y en el porvenir de cada criatura humana.

Tan persistente y general tendencia del hombre á inquirir las misteriosas relaciones entre las diferentes épocas de su vida y la voluntad ó dirección de entes superiores, no puede ser efecto de simple y vana superstición, sino instinto ó impulso natural que liga ó enlaza la transitoria y mísera existencia del hombre sobre la tierra con otra posterior, donde su espíritu aparecerá responsable de sus actos durante su mansión en el mundo terrestre. Por otra parte, aunque el hombre posee el inestimable don de la inteligencia, su organismo es tan débil y miserable y tan inferior al de otros animales, en sus congénitas armas para defenderse de sus enemigos y de la intemperie, que necesariamente obedece al instinto de impetrar asistencia y protección de seres superiores y sobrenaturales, que no conoce, pero cuya existencia presente, y su perpetua súplica de piedad y misericordia la pregona.

Todavía en los tiempos modernos se escucha con curiosidad, y á menudo con admiración, las respuestas de buena ó mala ventura con que los fakires, gitanos, etc., maravillan á la gente indocta y también á los hombres de ciencia reconocida. Ni son menos interesantes y dignas de estudio las experiencias y doctrinas del Espiritismo, profesado en la actualidad por considerable número de sabios, de filósofos y de personajes que figuran en primer término en el gobierno de los pueblos, en la cátedra y en todas las altas manifestaciones de la inteligencia.

Por último, desde hace tiempo existe en Inglaterra una Sociedad científica, compuesta de doctísimos naturalistas, dedicada al estudio de los fenómenos de *Telepatía* y *Sugestión*, y que confirma sus doctrinas con la experiencia y los sucesos que anteriormente los sabios desechaban con desdenosa incredulidad. Es admirable el progreso que se ha alcanzado en el estudio de los fenómenos psíquicos y psicológicos, y no está lejano el tiempo en que los hechos ó sucesos, que ahora se atribuyen á mera superstición, queden científicamente explicados, y en que se vindique el arte de la adivinación y forme una ciencia independiente en beneficio de la pobre humanidad.

Para el católico creyente, las señales, los hechos y sucesos misteriosos é inexplicables que se relacionan con su próspera ó adversa fortuna, ó con la vida de su espíritu después de la muerte, su fe los considera y acepta como milagros ó avisos directos de la Divina Providencia, de sus Santos ú otros seres superiores, intermediarios de la voluntad del Omnipotente, quien por las fervorosas preces y súplicas de sus miserables criaturas humanas, se digna enviar signos de consuelo y esperanza á las que sufren la desdicha y el infortunio, ó como indicio de merecido premio por sus virtudes y cristiana conducta sobre la tierra.

Así pasó con respecto á la Sra. de Romero y su familia. En efecto, el 3 de Febrero la Señora y su esposo salieron á verificar varias compras en los establecimientos de comercio del

centro de la Ciudad, pues la mañana era tibia y hermosa; á las once de la mañana, el Sr. José Piseros les comunicó en la 1ª Calle de la Monterilla que su esposa, la Sra. Rufina Guzmán, prima hermana de la Sra. de Romero, estaba en agonía; la Señora se conmovió con esta noticia, y más al saber en el día siguiente la muerte de su prima. El día 7, la Sra. de Romero y su esposo hicieron visita de pésame á la familia de la Sra. Guzmán de Piseros; al salir de la casa, la Sra. de Romero manifestó en su inquieto semblante aquel estado nervioso, aquella agitación extraordinaria que su consorte observó en la noche del 24 de Octubre anterior, y que revelaban profunda preocupación y tenaz presentimiento de muerte, que en vano la Señora procuraba ocultar; de aquí se originó inexplicable indisposición durante varios días, pues los dolores de la *neuritis* no la molestaron.

Sin embargo, desde el día 15 recobró su tranquilidad y pudo resistir un ataque de gripa, que la postró en cama desde el 20 de Febrero. En los cinco días anteriores, en los cuales disfrutó de alivio, como estuviese próximo el onomástico de su esposo, le encargó comprase varias telas finas con el objeto de confeccionar nuevo vestido para la magnífica escultura del Señor San José, colocada en un ángulo de la antesala; la Señora trabajó con ahinco en esta obra, y quedó satisfecha del exquisito gusto con que la había ejecutado.

En estos mismos días aparecieron con toda claridad los misteriosos é inexplicables anuncios de la tremenda desgracia que ya se cernía sobre las cabezas de aquella infeliz familia, y fueron tan patentes que agitaron su ánimo con viva inquietud y zozobra. El primero sobrevino á las once de la noche del Domingo 19 de Febrero, cuando la Señora, su esposo y sus dos hijos Juan de Dios y Manuel M. Orozco comenzaban á dormir tranquilo sueño: mas repentinamente y á un mismo tiempo sonaron con estrépito tres golpes secos en cinco de las puertas de las recámaras, que tienen entrada por los corredores; esto es, la de la pieza contigua á la recámara donde la Señora reposaba, y en las puertas de las recámaras donde el Sr. Romero, el Sr. Lic. Juan de Dios y el Sr. Dr. Ma-

nuel M. Orozco dormían, así como en la puerta de las piezas que las criadas ocupaban. La Sra. de Romero escuchó éstos golpes, y al notar que su esposo é hijos se habían levantado para inquirir lo que pasaba, les dijo: "Abríguense bien, porque la noche está fría; y les recomiendo que no estén fuera mucho tiempo, pues me siento mal y deseo dormir para que se calme el estado nervioso que me tiene molesta."

Los tres golpes dados simultáneamente en cada una de las cinco puertas mencionadas produjeron fragoroso ruido en medio del silencio de la noche, como si la madera fuese herida por un martillo de acero; así es que las criadas se levantaron también, y acompañaron al Sr. Romero y sus dos entenados á registrar todos los departamentos de la casa, pues suponían que tan estrepitoso llamamiento era un ardid ó estratagema de ladrones á fin de que la familia se levantara y abriese las puertas, y de esta manera dar el asalto. Pero no se encontró ningún vestigio, ni señal que confirmasen esta suposición; todas las puertas estaban cerradas, ni se encontró en patios y azoteas indicio de la presencia de las cuatro ó cinco personas, que necesariamente tenían que haber transitado por los corredores para dar á un mismo tiempo los tres golpes secos en cada una de las cinco puertas donde se oyeron, y cuyo estruendo sobresaltó á la familia. Cuando el Sr. Romero y sus dos entenados volvieron á sus piezas, la Señora estaba profundamente dormida; por lo cual, después de comunicarse sus impresiones, se acostaron muy preocupados y meditando acerca de las causas de tan extraordinario suceso, y sobre todo de lo que pudiera significar. En la mañana de ese día, 19, el Sr. Romero y su esposa asistieron juntos á la misa celebrada con gran pompa en el Templo del Señor San José, situado frente á su casa.

Desde el siguiente día, lunes 20 de Febrero, la Señora permaneció en cama á causa del ataque de gripa; y se notó que su semblante expresaba profunda tristeza, inexplicable indisposición, tenaz presentimiento de muerte que la agitaba sin cesar. En la mañana del viernes 24 de Febrero, como se sintiese mejorada de la gripa, se levantó antes de las nueve

de la mañana y permaneció durante el día en la antesala, donde se le sirvió la comida; de igual modo pasó el sábado 25, día en que el alivio apareció más firme; pero el decaimiento de ánimo, la preocupación y tristeza fueron más notables y persistentes. Como rara excepción en el curso del nebuloso y aterido mes de Febrero, el 25, así como varios días anteriores y posteriores fueron hermosísimos: desde las primeras horas de la mañana, el sol brilló en medio de un cielo límpido y de purísimo azul; suave y benigna temperatura producía grato bienestar; el crepúsculo vespertino diariamente resplandecía iluminado con los vívidos y cambiantes colores de la luz zodiacal, y presentaba uno de los más bellos y magníficos cuadros, propios de las regiones tropicales.

En la tarde de ese día, poco después de las cinco, los rayos del sol poniente, al penetrar por la puerta de la sala, doraban los cortinajes y muebles y difundían espléndida luz roja en aquella vasta pieza, en la cual la Señora tenía costumbre de orar, dirigiendo su vista al Templo del Señor San José que se eleva frente á los balcones. A esa hora el Sr. Romero, que se ocupaba en liquidar el trabajo de un pintor en el segundo patio de la casa, de súbito fué sorprendido por confuso, doloroso é inexplicable presentimiento que le obligó á dirigirse donde estaba su esposa; al entrar á la sala la Señora rezaba el Rosario, paseándose á lo largo de la pieza; pero su rostro, desfigurado y trémulo, revelaba tan honda tristeza y viva agitación, que su esposo muy afligido le preguntó: "¿Qué te pasa, amada mía?; te encuentro muy nerviosa." La Señora, haciendo un esfuerzo supremo, contestó: "No sé qué tengo; dime: ¿aquí me tenderás cuando me muera?," y señaló el medio de la Sala. Atónito el Sr. Romero al escuchar tan lúgubres palabras, repuso: "Cálmate, hijita, procura apartar de tí esas tristes ideas, y confía en que Dios querrá prolongar tu vida para nuestro bien y felicidad." La Señora fingió sosiego, y continuó su oraciones. Pero desde que acaeció tan funesta escena, profundo estupor y zozobra se apoderaron del ánimo del Sr. Romero quien sentía en su corazón que la horrenda muerte, dirigida por el implacable

destino, acechaba su casa y había escogido por víctima á su idolatrada consorte; negra nube cubría sus ojos y horrible opresión fatigaba su pecho y su cerebro.

A las siete y media de la noche, la Señora cenó tranquilamente en su cama, y estuvo conversando con su hijo Juan de Dios hasta las nueve, mientras el Sr. Romero pagó á sus operarios y tomó de prisa sus alimentos, pues se le comunicó que fuertes dolores, ocasionados por la *neuritis*, comenzaban á molestar á la Señora; y como breves minutos después ya no pudiese soportarlos, recomendó á su hijo, el Sr. Dr. Marcelino A. Orozco, que le pusiese una inyección de heroína; en estos momentos el Sr. Romero regresó del comedor, y al saber que se preparaba la inyección de heroína, dijo á su esposa: "recuerda que la heroína te produce basca tenaz, y si bien mitiga por completo los dolores, te hace sufrir por dos ó tres horas; ¿no prefieres que la inyección sea de morfina y atropina?" La Señora repuso: "la atropina me causa gran comezón; pero pónganme la que ustedes crean conveniente." El Sr. Dr. Marcelino A. Orozco prefirió la heroína que ya estaba preparada, y puso la inyección; media hora después se retiró á su casa, dejando á la Señora tranquila y sin dolores. Antes de las diez de la noche, llegó su hijo, el Sr. Dr. Manuel M. Orozco, quien después de tomar algún alimento, se unió al Sr. Romero y á su hermano el Sr. Lic. Juan de Dios Orozco que cuidaban á la Señora, á fin de sostenerla y atenderla en el período de basca, que indudablemente la inyección de heroína le causaría. Este período comenzó desde las diez de la noche, los vómitos fueron tenaces y abundantes. A las once la Señora reposaba con tranquilidad y sosiego; sus hijos, los Sres. Juan de Dios y Manuel M. Orozco se retiraron á sus piezas; el Sr. Romero, acongojado por horrible inquietud y sobresalto, se recostó en un sofá cercano á la puerta de la recámara de la Señora, pues sabía por experiencia que los vómitos persistían cuando menos por dos horas, y deseaba estar preparado para atender sin demora á su consorte luego que le llamase. En efecto, no habían pasado diez minutos desde que el Dr. Manuel M. Orozco se re-

tiró, cuando la Señora llamó á su esposo para que la ayudara á incorporarse en la cama, pues volvieron con fuerza los accesos de basca; á su vez el Sr. Romero envió recado al Sr. Dr. Orozco para que los criados llevasen las vasijas necesarias, y para que le auxiliase á atender á la Señora, quien se encontraba en alarmante estado de postración.

Eran las once y diez minutos de la noche cuando el Sr. Romero y el Sr. Dr. Manuel M. Orozco sostenían á la Señora, quien, fatigada por los esfuerzos de la basca, no podía enderezarse con libertad; y mientras su esposo la reclinaba sobre sus brazos, su hijo Manuel mantenía su cabeza en la posición conveniente para facilitar el vómito. Pero repentinamente la Señora se estremeció por violenta convulsión en el cerebro, y con tono rápido y dolorido exclamó: «¡Manuel, no muevas mi cabeza con tanta fuerza!», después exhaló un leve suspiro y cayó á plomo é inerte en brazos de su esposo, quien con la mayor angustia acomodó la cabeza de su consorte en la almohada, quedando el cuerpo de la Señora sobre el costado derecho, tendidos los brazos, juntas y sobrepuestas las manos, en actitud de reposo. Transcurridos algunos minutos, el Sr. Romero al notar que su esposa no parpadeaba, que no abría los ojos, ni daba señal alguna de sensibilidad, no obstante que la llamó en alta voz é imprimió diversos movimientos á sus brazos, quedó aterrado ante la consideración de que su amada compañera estaba muerta; pues aunque se advertía respiración, su estado era comatoso, como si hubiera sido atacada por congestión cerebral. Entonces, el Sr. Romero, agitado por horrible congoja y desconsuelo, dijo al Sr. Dr. Manuel M. Orozco: «tu mamá está atacada al cerebro, y se muere si no la atendemos inmediatamente;» en seguida, levantó el párpado del ojo izquierdo, contempló éste por varios instantes, y por claro presentimiento, sin instrucción alguna en Medicina, solo por la inmovilidad y aspecto del ojo, con profundo dolor y desesperación exclamó: «ya está muerta.» El Sr. Dr. Manuel M. Orozco, quien sin duda se convenció de tan fatal desgracia, trató de calmar al Sr. Romero, asegurándole que la Señora solamente había sufrido un vértigo prolongado; y le